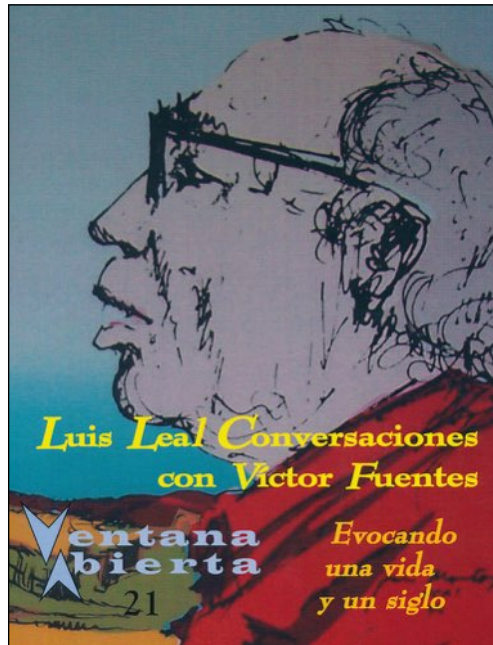


SELECCIÓN LITERARIA



ENSAYOS

¿Qué es un latino?

Con el título de este ensayo nos unimos al gremio del “¿qué es?” lo cual nos recuerda la anécdota relatada por Alfonso Reyes, quien nos cuenta que cuando vivía en Madrid con frecuencia mencionaba el nombre de don Miguel de Unamuno, de quien era amigo. Un día su pequeño hijo le pregunta: “Papá, ¿qué es un amuno?” Víctor Fuentes me pregunta, “¿Qué es un latino?” y, aunque no tengamos a un Reyes que nos ilustre, trataremos de hacer todo lo que podamos por explicarlo, podando aquí, podando allá y más allá para ver si le atinamos.

La palabra *latino* (*latina*) se ha puesto de moda durante las últimas décadas para referirse a los habitantes de los Estados Unidos de origen latinoamericano que también, y con mayor frecuencia, se les llama hispanos, palabras con las cuales se hace referencia a varios grupos étnicos, principalmente chicanos, puertorriqueños y cubanos, aunque también se incluye a los dominicanos, haitianos, otros antillanos, centroamericanos y sudamericanos. El término latino no es racial (como lo es hispano, que excluye a los indígenas y a los afroantillanos) sino lingüístico: incluye todas aquellas personas cuya lengua materna se deriva del latín, lo mismo que a sus descendientes.

Los historiadores de la literatura escrita por habitantes de los Estados Unidos procedentes de países ubicados al sur del Río Bravo (o aquí nacidos) se enfrentan con el problema inicial de la diversidad cultural de los autores, lo mismo que el uso tanto del español como

del inglés y hasta de la combinación de ambas lenguas. Las pocas historias de las literaturas de los principales grupos étnicos mencionados muestran que no es siempre fácil coordinar su desarrollo, cuyo ritmo no ha sido siempre el mismo, ya sea en cuanto a las generaciones, las épocas, los movimientos o los géneros. A pesar de ese escollo, se han hecho esfuerzos por presentar síntesis de esas letras, que sin duda poseen rasgos primarios que las hermanan, aunque también manifiestan otros secundarios que las distinguen y les dan originalidad, siendo el principal el lenguaje, sobre todo en aquellos que escriben en español. No menos importante es el uso de imágenes, motivos, símbolos y mitos procedentes del estrato cultural al cual pertenece cada autor. Al mismo tiempo, lo que tienen en común nos permite pensar en esas letras como constitutivas de una literatura que puede ser clasificada y estudiada como latina.

El segundo problema que se presenta es el de justificar el rubro latina aplicado a esa literatura. Para poder hacerlo es necesario examinar la historia del término. Como el nombre América, que originalmente se refería a todo el Nuevo Mundo, fue apropiado por los Estados Unidos, el resto del continente se vio obligado a calificarlo con un adjetivo, siendo los más comunes Hispano América, Ibero América y América Latina, o a designarlo según su posición geográfica: Centro América, Sud América, o composición racial, Indoa-mérica. El nombre Hispano América, o Hispanoamérica, incluye los países donde se habla español; el segundo, Iberoamérica, añade el Brasil, y América Latina, o Latinoamérica, a todos aquellos donde se habla el francés y otros idiomas derivados del latín. El término América Latina fue usado primero, en 1856, por el colombiano José María Torres Caicedo y propagado por los historiadores franceses, quienes querían incluir sus colonias americanas. En los países de habla inglesa ha sido muy común y lo usan casi todos los historiadores y críticos.

En Estados Unidos el término “Latin Americans”, usado para referirse a las personas nacidas o vecindadas en este país, se redujo a Latins, sobre todo en Hollywood para referirse a los actores originarios de países donde se hablan lenguas romances, y especialmente a los galanes jóvenes como Rodolfo Valentino, Ramón Novarro, y a las heroínas Lupe Vélez, Carmen Miranda y otros. La frase “Latin lovers” se puso de moda hacia la década de los veinte. El estereotipo ha perdurado. Todavía en 1953 se presentó la película *Latin Lovers*, en

la que intervienen, en un escenario sudamericano al cual Lana Turner acude en busca del verdadero amor, los latinos Ricardo Montalbán y Rita Moreno.

¿Cómo se justifica el uso del término “literatura latina”? Si bien, en Europa y los Estados Unidos la mayoría de los historiadores y críticos usan el término, en los países latinoamericanos es poco usado, pero se encuentra, sobre todo cuando el escritor quiere incluir a otros países además de aquellos donde se habla español. Citaremos estos ejemplos: *¿Cuáles son los grandes temas de la filosofía latinoamericana?* (1959) de Victoria de Caturlaú; *Latinoamérica; notas sobre sus condiciones económicas* (1969) de Juan Fernández Restrepo; *América Latina en su literatura* (1972) de César Fernández Moreno, y *América Latina: la identidad y la máscara* (1987) de Rosalba Campra. En el ensayo “Lo latinoamericano en otras literaturas” incluido en el libro de Fernández Moreno, Estuardo Núñez nos dice que “ya en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del veinte los escritores franceses sobre todo, y acaso todos los europeos, empiezan a utilizar denominaciones nuevas para las cosas de América no sajona: ‘etats latins de l’Amerique’, ‘peuples latino-américains’, ‘democraties latines de l’Amerique’“. Pero ya en 1884, en Nueva York, José Martí escribía en el último ensayo de su libro *Nuestra América*: “surgirá en el porvenir de la América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina, ya no conquistadora, como Roma, sino hospitalaria”.

Numerosos han sido los escritores latinoamericanos que, como exiliados políticos, o inmigrantes, se han refugiado en los Estados Unidos desde que este país declaró su independencia. Sin embargo, con excepción de los estudios de Carlos E. Cortés, muy pocos son los ensayos a ellos dedicados, vistos en conjunto, como escritores latinos. No es hasta muy recientemente cuando se comienzan a publicar trabajos bajo esa identificación. Ya en febrero de 1952, en Chicago, un grupo de latinos había iniciado la publicación mensual de la revista *Vida Latina*, bajo la dirección del Dr. Olimpo Galindo y publicada por E. Quiroga Sr. En el primer número el Dr. Galindo contribuye con un ensayo, “La decadencia latina”, en el cual, entre otras cosas, dice: “En Nueva York y otras ciudades del Este de los Estados Unidos existen numerosos aunque divididos núcleos de cultura latina con órganos de publicidad propios”. Lo importante en este párrafo no es la veracidad en cuanto a número de órganos, sino el referirse a la cultura de esos

grupos como latina. Pero son raras las publicaciones que lleven la palabra *latino* (o *latina*) en el título. Una de ellas, publicada en El Paso, Texas, en 1891, se titula *El Latinoamericano*. ¿Será la primera? Una más reciente es *La Voz Latina*, publicada en Newark, California, entre 1973 y 1974.

El Dr. Galindo habla de la cultura en general, mas no de una literatura latina en particular. Los primeros críticos en hacerlo son aquellos que por varias razones rechazan el término *Hispanic*. Sin embargo, en la mejor colección de estudios sobre todas estas literaturas, el *Handbook of Hispanic Cultures in the United States*, editado por Francisco A. Lomelí en 1993, ya se encuentran los siguientes ensayos que llevan la palabra *latino* (o *latina*) en el título: “Latina Woman Writers: Chicana, Cuban American, and Puerto Rican Voices” de Cordelia Chávez Candelaria; “From Barrio to Mainstream: The Panorama of Latino Art”; de Eva Sperling Cockcroft; “Latino Cinema” de David R. Maciel, y “The Spanish Language and Latino Press in the United States: Newspapers and Periodicals” de Rafael y Richard Chabrán.

Hasta hoy, los términos *latino/a* no han sido aceptados por la mayor parte de los críticos, ni del pueblo latino. El debate continúa. La razón más importante para rechazarlos (y esto se aplica a *Hispanic* también) es el no querer abandonar la identidad étnica (chicano, mexicano, cubano, puertorriqueño, dominicano, etc.). La segunda razón es la carga emocional asociada a cada uno de los dos términos. *Hispanic* fue aceptado por el gobierno federal en 1973 para identificar a todos los latinoamericanos residentes en el país. Para contrarrestar la imposición, surgió del pueblo la palabra *Latino*. Se les dio a ambos términos un cariz político, asociándolos a los partidos políticos. Se critica *Hispanic* diciendo que no reconoce la presencia de culturas como las de los indígenas ni las de los de origen africano.

Lo importante, en fin, sería evitar confrontaciones basadas en la terminología usada para identificar al gran número (y que aumenta a grandes pasos) de personas cuyo origen se encuentra en las naciones al sur de los Estados Unidos, ya que dividen y por lo tanto debilitan. Lo mejor sería dejar que cada persona se autoidentifique como mejor le parezca, y que, como dice Rodolfo “Corky” Gonzales en su poema *Yo soy Joaquín*:

¡La Raza!
¡Mexicano!
 ¡Español!
¡Latino!
 ¡Hispano!
 ¡Chicano!
 o como me llame
soy el mismo
siento lo mismo
lloro y canto lo mismo.



La literatura chicana. Una visión panorámica

La literatura chicana se da a conocer como resultado de la lucha por la igualdad social iniciada en los Estados Unidos durante la década de los sesenta. Eso no significa que no existiera antes de esos años. Se escribía y se publicaba, pero como consecuencia de ciertos hechos históricos había permanecido ignorada .

En verdad, la literatura chicana tiene una larga historia, una historia que se inicia durante el siglo dieciséis, cuando se escribieron aquellas crónicas en las que se describen las regiones que en 1836 y 1848 fueron desprendidas de la República Mexicana. Al conjunto de obras escritas antes de 1848 se les considera como literatura prechicana, ya que la propia literatura chicana es la que se escribe después de ese año, cuando los habitantes mexicanos de la región pasan a ser ciudadanos norteamericanos.

Algunos críticos se preguntan si es lícito incluir en una historia de la literatura chicana obras de autores que vivieron antes de que existiera el pueblo chicano. Se podría contestar diciendo que ninguna literatura nace de la nada, que la literatura chicana no fue creada por los que firmaron el Tratado de Guadalupe Hidalgo el 2 de diciembre de 1848. Hablar de esa literatura como literatura chicana, o prechicana si se quiere, se justifica por varias razones, entre ellas la siguiente:

La historia nos demuestra que toda sociedad colonial que obtiene la independencia reclama la herencia cultural de sus antepasados. Así ha ocurrido en los países hispanoamericanos, en el Canadá, en los Estados Unidos, en la India, en los países de África, etc. Si no fuera así tendríamos que decir que la literatura escrita por cubanos antes de 1898 (incluyendo a José Martí) no pertenece a Cuba sino a España; que la literatura colonial mexicana es un capítulo de la literatura española, y que la literatura de Norteamérica anterior a 1776 pertenece

a Inglaterra. Sin embargo, las historias de la literatura norteamericana se inician con las obras de todos aquellos autores que vivieron en la Nueva Inglaterra a partir de 1620, el año que los primeros peregrinos ingleses llegaron a Plymouth Rock. Y los críticos mexicanos han rescatado, en nuestros días, las historias de las literaturas prehispánicas.

Es verdad que el pueblo chicano no es un pueblo independiente. Sin embargo, ¿por qué negarle que considere como suya una literatura escrita en español por sus antepasados, que habitaban los territorios en los que ahora vive?

Guiados por ese razonamiento, en 1973 publicamos un estudio en el cual propusimos la siguiente periodización de la literatura chicana. La literatura prechicana incluiría la época anterior a 1848, dividida en dos períodos bien definidos, el colonial y el mexicano. La literatura chicana propia puede ser dividida en cuatro períodos: el primero de 1848 a 1912; el segundo de 1912 a 1942, el tercero de ese año a 1964 y el último de 1964 al presente.

El período colonial es de importancia en el desarrollo de la literatura chicana porque durante esa época se establece en las provincias del norte de la Nueva España la cultura mexicana; durante esos años se hablaba el español, pero también algunas lenguas indígenas.

No menos importante es que se establece el sistema político social; se divulga la religión católica a través de las misiones, y se introducen las artes y las letras, tanto eruditas como populares. Estas instituciones y esos elementos culturales son los que hoy el chicano todavía lucha por mantener, ya que son ellos los que definen su cultura. A esa época colonial pertenecen las crónicas que describen al hombre y su ambiente, en las cuales encontramos las primeras imágenes de la región; los numerosos memoriales y diarios; las numerosas noticias, cartas y relaciones; el poema épico *Historia de la Nueva México* (1610), de Gaspar Pérez de Villagrà; el teatro popular, con su gran variedad de formas: autos, pastorelas, matachines, simulacros. La influencia indígena es evidente en obras dramáticas como *Los comanches* (escrita entre 1774 y 1778), en la cual el héroe es un jefe comanche. Y en fin, la rica poesía popular, con sus numerosos romances y décimas.

La literatura que se publica en los territorios del norte de la República Mexicana entre 1810 y 1848 se distingue de la colonial en que disminuye el número de crónicas, si bien esa forma no desaparece del todo. Con la introducción de la imprenta se inicia el periodismo y

aparecen las populares proclamas políticas, lo mismo que el cuento y la poesía romántica.

Los cambios políticos no obstruyeron el cultivo de la literatura popular en su aspecto oral, si bien aparecen algunos cambios temáticos y formales. El romance, tan popular durante la colonia, se transforma en corrido, como ocurre con el de Delgadina, que se canta como “El corrido de Delgadina”. La popularidad de ese corrido no ha desaparecido: en 1984 fue dramatizado por Luis Valdez e incluido en su comedia musical *Corridos*, composición llevada a la televisión con gran éxito en 1987.

Uno de los primeros corridos de tema prechicano es aquél dedicado al general Juan Nepomuceno Cortina, que había defendido, en Texas, los derechos de un peón contra los abusos de los angloamericanos.

Entre los prosistas de esa época destacan los nombres del P. Antonio José Martínez, nuevomexicano, autor de la autobiografía *Relación de méritos*, y fray Gerónimo Boscana, quien en 1831 terminó de escribir, en la Misión de San Juan Capistrano, en el sur de California, una *Relación histórica ...* sobre la vida y la cultura de los indios juaneos, calificada como el mejor trabajo etnográfico anterior a 1848. El manuscrito no se publicó hasta 1846, y como ocurre con mucha frecuencia, sólo la traducción al inglés, hecha por Alfred Robinson e incluida en su libro *Life in California*.

Uno de los primeros ejemplos de la literatura prechicana cuyo tema es el conflicto racial y cultural son las memorias del texano Juan Nepomuceno Seguín, que cubren los años 1834-1842. Nativo de San Antonio, peleó contra Santa Anna, fue Senador al Congreso de la Unión y alcalde de San Antonio. Sin embargo, como resultado de los ataques contra su persona de parte de los angloamericanos, se refugió en México, donde tomó armas contra los norteamericanos. Como su familia permanecía en Texas, por fin decide reintegrarse a la cultura texana. Los deberes del padre, nos dice, vencieron a los del ciudadano.

Después de 1848 los adultos que se quedaron a vivir en los territorios conquistados por los Estados Unidos siguieron hablando y escribiendo en español; mas pronto los niños y los adolescentes se vieron obligados a aprender el inglés en las escuelas y después a expresarse en esa lengua. El español, sin embargo, no desapareció por completo, y por lo tanto se siguió publicando en ambas lenguas. Poco a poco, debido al reducido número de hispanohablantes y al incre-

mento en la población angloamericana, el inglés fue predominando sobre el español. En 1889 el poeta de Nuevo México, Jesús María Alarid, ya se quejaba de la pérdida de la lengua española. En uno de sus poemas dice:

Hermoso idioma español
¿qué te quieren proscribir?
yo creo que no hay razón
que tú dejes de existir.

Pronto, sin embargo, aparece la opinión contraria, esto es, que es indispensable que los habitantes mexicanos del suroeste aprendan inglés. En una zarzuela presentada en Texas se propone precisamente eso, ya que el inglés es necesario, sobre todo para los negocios:

Como estamos en Texas
el inglés hay que aprender,
para que con nuestros primos
nos podamos entender.
Y venderles charamuscas
en la lengua del Tío Sam:
-Mucho bueno palanquetas,
piloncillo very fine.

Es natural que al tratar de aprender el inglés en un ambiente donde predomina el español el resultado sea una mezcla de las dos lenguas. En el corrido “Los mexicanos que hablan inglés”, recogido por el maestro Américo Paredes, el corridista se queja del habla de los chicanos, si bien él mismo usa anglicismos:

Luego me fui pál dipo
a hablar con doña Inés,
yo le hablaba en castellano
y me contestó en inglés.

Y en Texas es terrible
por la revoltura que hay,
no hay quien diga “hasta mañana,”
nomás puro goodbye.

Con pocas excepciones, la literatura chicana del siglo pasado está escrita en español. Entre los prosistas destacan los nombres del historiador californiano Mariano Guadalupe Vallejo y del novelista nuevomexicano Eusebio Chacón (1869-1948), autor de las novelas *El hijo de la tempestad* y *Tras la tormenta la calma*; entre los poetas encontramos a los nuevomexicanos José Manuel Arellano, Jesús María H. Alarid y Manuel M. Salazar (ver Arellano).

Hay que tener en cuenta que el conocimiento que tenemos de la literatura chicana del siglo pasado es muy imperfecto. Hay mucho que hacer todavía antes de que podamos hablar de una historia de esa literatura. Lo que hoy conocemos es insignificante en relación con lo que existe. Recientemente se han descubierto y editado obras hasta hace poco desconocidas, como las novelas (en inglés) de Amparo Ruiz de Burton, nacida en Baja California, quien en 1885 publicó en San Francisco la novela *The Squatter and the Don* (bajo el seudónimo C. Loyal), en la cual no sólo lamenta, sino que severamente critica el ilegal despojo de las tierras de los californios por los anglos.

A partir de 1912, con la llegada de miles de campesinos y obreros mexicanos, lo mismo que de numerosos refugiados políticos, hubo una revivificación de la cultura mexicana. Entre los exiliados políticos se encontraban varios escritores y periodistas, como Ricardo Flores Magón, quien publicó en Los Ángeles el periódico *Regeneración* entre 1910 y 1918; Ignacio Lozano, fundador del periódico y editorial *La Prensa* en San Antonio; su hijo Ignacio Lozano, quien comenzó a publicar el periódico *La Opinión* –todavía en circulación– en Los Ángeles en 1926; Fernando Gamiochipi, director del periódico *El Paso del Norte*, en el cual Mariano Azuela publicó, por entregas, la novela *Los de abajo* en 1915. Entre otros escritores mexicanos residentes en Estados Unidos se encontraban Benjamín Padilla (“Kaskabel”), Julio G. Arce (“Jorge Ulica”), cuyas “Crónicas Diabólicas” aparecían en los periódicos de San Francisco, California; Adolfo Carrillo, autor de unos *Cuentos Californianos* publicados en San Antonio hacia 1922, Daniel Venegas, autor de la chispeante novela *Las aventuras de don Chipote, o cuando los pericos mamen* (Los Ángeles, 1928) y varias obras teatrales, y Jorge Ainsle, autor de la novela *Los Pochos* (Los Ángeles, 1934).

Los intelectuales mexicanos favorecían la reintegración de sus compatriotas a México, y por lo tanto se oponían a la asimilación. A los que la aceptaban, o la proponían, se les llamaba *pochos* y se les

ridiculizaba por rechazar la cultura mexicana, o por no hablar o escribir el español con corrección. Fue José Vasconcelos quien primero usó el término pocho para referirse al méxicoamericano, en el ensayo "Asoma el pochismo".

En 1924 Jorge Ulica publicó una crónica titulada "Do You Speak Pocho?", en la cual dice: "El pocho se está extendiendo de una manera alarmante. Me refiero al dialecto que hablan muchos de los spanish que vinieron a California y que es un revoltijo, cada día más enredado, de palabras españolas, vocablos ingleses, expresiones populares y terrible slang. De seguir las cosas así, va a ser necesario fundar una Academia y publicar un diccionario español-pochos, a fin de entendemos con los nuestros".

Al mismo tiempo que los exiliados mexicanos contribuían con sus producciones, otros escritores de ascendencia mexicana nacidos en los Estados Unidos, o residentes en el país desde temprana edad, escribían en inglés bajo la influencia de modelos anglosajones. Entre los más importantes se encuentran Vicente J. Bernal, María Cristina Mena, Nina Otero Warren, Fray Angélico Chávez, Fabiola Cabeza de Vaca, Cleofas Jaramillo, Josephina Niggli, Mario Suárez y José Antonio Villarreal. El grupo no representa una generación, ni siquiera una escuela o tendencia, ya que cada uno de ellos cultiva formas literarias distintas. Lo único que los une es que representan el primer grupo que escribe en inglés y bajo la influencia de escritores ingleses y norteamericanos.

María Cristina Mena y Josephina Niggli representan un caso especial. Ambas nacidas en México, pero residentes en Estados Unidos desde la adolescencia, escribieron cuentos y novelas en inglés sobre temas mexicanos, con el objeto de dar a conocer su país de origen a los norteamericanos. Mena fue amiga de D. H. Lawrence, a quien ayudó a divulgar sus novelas, entonces prohibidas en Estados Unidos. Niggli es la autora de la novela *Mexican Village*, de interés porque el protagonista es un chicano que, rechazado por su padre anglo, se va a México en busca de sus raíces, ya que su madre era mexicana.

Mario Suárez y José Antonio Villarreal, ambos nacidos en los Estados Unidos, son considerados como los primeros autores chicanos que logran captar con realismo la vida en los barrios donde vive la mayoría de los méxicoamericanos. Suárez lo hizo en cuentos que aparecieron a partir de 1947 en la revista *Arizona Quarterly*. Es también el primero que usa la palabra chicano para referirse a los

personajes de sus narraciones, en cuentos como “El hoyo” y “Señor Garza”. En “El hoyo” (nombre del barrio chicano de Tucson, Arizona, donde nació Suárez) encontramos la primera definición de chicano, si bien captada con una imagen humorística. Dice el narrador: “But like *capitotada*, fixed in a thousand ways and served on a thousand tables, which can only be evaluated by individual taste, the Chicanos must be so distinguished”.

Villarreal se dio a conocer con *Pocho* (1959), obra que varios críticos consideran como la primera novela verdaderamente chicana. En esta narración la palabra *pocho* ya no conlleva un sentido peyorativo. Al contrario, Richard, el joven protagonista nacido en California, se siente orgulloso de ser *pocho*. Hijo de un villista que se refugia en California, pero educado en las escuelas locales, Richard es un personaje que lucha por encontrar su identidad personal y cultural. No logra encontrarla entre su gente y opta por darse de alta en la marina norteamericana.

El impulso inicial de la creación de esa nueva literatura chicana se debe, sin duda alguna, a Luis Valdez y los organizadores del Teatro Campesino, nacido éste en California en 1965 a la sombra de la confrontación entre el sindicato de campesinos –organizado por César Chávez– y los patrones. Valdez todavía usa el inglés, pero ya entreteje palabras en español sacadas del habla popular, ya sea del barrio, del lenguaje de los pachucos, o de los campesinos.

Uno de los nueve Actos (forma dramática en un acto en la cual predomina lo satírico) publicados por Valdez y el Teatro Campesino en 1971, “La conquista de México”, está escrito en español, pero con palabras, nombres y frases en inglés. El paralelismo que se hace entre la conquista de los mexicanos, por no estar éstos unidos, y la conquista de los campesinos por los patrones es obvio. Para interesar al auditorio Valdez se vale del humor, un humor estructurado en torno a imágenes biculturales. Entre los personajes encontramos a Cortés, “a bearded coyote” que dice “You can call me Hernan”, y a su asistente, Pete Alvarado. La naturaleza del Teatro Campesino es social, siendo los acontecimientos políticos o laborales los que determinan la dirección que toma durante esos años.

El principal propósito de los chicanos que entonces escribían era adelantar los intereses de La Causa. En 1967 Luis Valdez hizo la siguiente declaración: “No pensamos en términos de arte, sino de

nuestro propósito de transmitir ciertos puntos políticos. Estoy hablando [en mi obra] de política, no de arte”.

El mismo Valdez, sin embargo, es el primero que cambia de actitud y comienza a escribir obras que trascienden esos límites. En una entrevista que se le hizo el mismo año dijo lo siguiente: “He encontrado una audiencia que necesita un arte que le hable de su modo de ser”. Sus asuntos y temas, de ese año en adelante, dejan de ser políticos y el auditorio deja de estar compuesto por campesinos o por los habitantes del barrio. Ahora incluye al gran público, tanto chicano como angloamericano y hasta internacional. Sus últimas producciones han sido presentadas en los grandes teatros de Los Ángeles y Nueva York. En *Zoot Suit*, por ejemplo, dejó de enfocar los problemas del campesino para tratar un tema histórico de un modo espectacular.

En 1967 Rodolfo “Corky” Gonzales, alentado por el éxito de Luis Valdez y el Teatro Campesino, publica *Yo soy Joaquín*, poema épico en el que se establece la identidad del chicano, cuyos orígenes el autor encuentra en las más antiguas civilizaciones mexicanas, hecho que los chicanos anteriores a esa década no admitían y a veces rechazaban con vehemencia.

Es en 1967 también cuando un grupo de jóvenes universitarios funda en la Universidad de California en Berkeley una revista y una casa editorial que darán un gran impulso al desarrollo de la literatura chicana, esto es, aquella literatura creada para lectores chicanos y publicada por editoriales chicanas. El establecimiento de la editorial Quinto Sol y la revista *El Grito* representan un gran adelanto en la producción y la distribución de la literatura, que se vuelve a escribir en español.

No menos importante fue el establecimiento de los premios *Quinto Sol* para autores chicanos que escribieran ya en español, ya en inglés. El primer premio fue otorgado en 1970 a Tomás Rivera por la obra “...y no se lo tragó la tierra”, novela formada por varias narraciones entrelazadas en torno a la vida de los campesinos migrantes. Rivera había escrito poemas y cuentos en inglés, pero no se había animado a publicarlos en ese idioma. Cuando supo que *Quinto Sol* aceptaba manuscritos en español, dice, la noticia lo liberó, pues sabía que en su lengua materna podría expresarse mejor y a su gusto.

El segundo premio Quinto Sol (1971) recayó en una novela escrita en inglés, *Bless Me, Ultima* (1972), de Rudolfo Anaya, obra

de realismo mágico acerca de la vida de los chicanos en el Nuevo México rural.

El tercer premio (1972) lo recibió la novela en español, *Estampas del Valle* (1973) de Rolando Hinojosa, en la que capta, en estilo irónico, la vida de los chicanos en El Valle, región fronteriza en el este de Texas. Estas tres obras inician sendas tendencias que abrieron brecha en la narrativa chicana a otros novelistas, entre ellos a Miguel Méndez, M. y Aristeo Brito, ambos de Tucson, Arizona, quienes escriben en español.

Los primeros cuentos de Méndez habían aparecido en *El Espejo/The Mirror*, título de la primera antología dedicada por completo a la literatura chicana, producto también de la editorial *Quinto Sol*. No es hasta 1974, sin embargo, cuando Méndez es reconocido como novelista de garra; ese año publica *Peregrinos de Aztlán*, obra de corte indigenista en la cual se relata la trágica vida de los yaquis que se refugian en una ciudad fronteriza. La novela de Brito, *El diablo en Texas* (1976), se desarrolla en la frontera texana, en los pueblos vecinos Presidio/Ojinaga.

Fue en la antología *El Espejo/The Mirror* donde también se dieron a conocer los poetas Alurista y José Montoya, ambos maestros en el uso, en el mismo verso, de un lenguaje poético que es el resultado del uso de las dos lenguas, el español y el inglés, tendencia que han continuado Ricardo Sánchez, Luis Ornar Salinas y otros. Entre los continuadores de la generación *Quinto Sol* se han distinguido los poetas Tino Villanueva, Gary Soto y Francisco Alarcón, y los novelistas Alejandro Morales, Ron Arias, Nash Candelaria, Arturo Islas, autor de dos novelas de frontera, *Rain God* (1984) y *Migrant Souls* (1989), en las cuales traza la historia de una familia mexicana que llega a El Paso a raíz de la Revolución. En 1990 Eliud Martínez publicó *Voice-Haunted Journey*, primera novela, y también la primera de una proyectada trilogía, saga de una familia mexicana en los Estados Unidos a través de cinco generaciones. La acción se desarrolla en la mente del narrador durante un vuelo en avión por California.

Durante la década de los ochenta los autores jóvenes, que ya raras veces publican en español, han enriquecido la literatura chicana en todos los géneros. Entre los novelistas destacan varias mujeres: Gina Valdez, quien también publica poesía; Sandra Cisneros, a quien debemos dos colecciones de cuentos, *The House on Mango Street* (1983) y *Woman Hollering Creek* (1991); Margarita Cota Cárdenas,

Cecilia Pineda, Denise Chávez, cuya última novela, *Face of an Angel*, apareció en 1994, y Ana Castillo, quien ya ha publicado tres importantes novelas: *The Mixquiahuala Letters* (1986), *Sapogonia* (1989), y *So Far from God* (1993); tiene también dos colecciones de poesía y varios cuentos. A los anteriores nombres es necesario añadir el de Dagoberto Gilb, quien con su colección de cuentos, *The Magic of Blood* (1992), y la novela *The Last Residence of Micky Acuña* (1994), ha logrado abrirse las puertas en la literatura nacional norteamericana y ganar varios premios.

En estos escritores jóvenes la tendencia ya no es tanto hacia lo social, ya que les atrae una temática más amplia. Se podría afirmar que las letras chicanas, que nacen al calor de la lucha social, han dejado de ser literatura exclusivamente dedicada a la Causa. Lo importante es que, sin abandonar totalmente la trayectoria social, se han añadido otras modalidades que la han enriquecido. El escritor chicano, por el presente al menos, es un autor que escribe casi exclusivamente en inglés. La mayor parte de ellos, y lo mismo ocurre con los críticos, son universitarios, profesores en los departamentos de inglés o Chicano Studies.

En general se podría decir que la literatura chicana, esto es aquella escrita por autores de ascendencia mexicana nacidos en los Estados Unidos o cuya residencia es permanente en este país, es una literatura que si bien da preferencia a los asuntos sociales, también frecuenta otros temas, expresados hoy en tonos que con facilidad pasan de lo social a lo mítico y en estilos que van de lo realista a lo lírico; que ubica sus narraciones en el campo, el barrio, el pueblo o la gran urbe; que escoge espacios abiertos o cerrados; que utiliza estructuras tradicionales o novedosas, pero siempre presentando una visión interna, desde la perspectiva de la cultura chicana. Lo producido hasta hoy nos permite hablar, como vemos por la reciente publicación de dos tomos de biografías de autores chicanos, en la serie *Dictionary of Literary Biography*, y de numerosos libros de crítica literaria, de un verdadero renacimiento de esa literatura, de la cual hace apenas treinta años ni siquiera se hablaba, y hoy se ve integrada a los programas de la mayor parte de las universidades como materia de estudio de innegable valor.

NO LONGER
VOICELESS



LUIS LEAL

RELATOS

Vida y aventuras del idioma español en los Estados Unidos

I

Yo, señores, nací en España, hijo legítimo de Tomé Latino y Juana Godos. Después de la muerte de mi padre, mi madre se enredó con algunos extranjeros indocumentados y así creció la familia, con un hermano, Zaide, y una hermana, Judith. Bien mozuelo pasé en busca de aventuras al Mundo Nuevo con un tal Cristóbal y los muchachos Pinzón. De unas islas a las cuales llegamos, algunos de mis hijos –que continuaron llegando hasta poblar todo un continente– decidieron irse al norte, los más ancianos con Ponce de León en busca de la juventud; otros con Hernando de Soto a una región al norte de un gran golfo, donde desembocaba un enorme río. Otros se fueron con Cortés hacia el oeste, donde se encontraron con una inteligente prima mía, si bien desconocida, llamada Maya, madre de Malintzin. De su tierra nos fuimos al hermoso valle de Anáhuac, donde conocí a otro pariente llamado Náhuatl, cuya lengua tuve que aprender. Tanto Maya como Náhuatl, con quienes trabé buena amistad y quienes me enseñaron muchas palabras que desconocía, ayudaron mucho a Cortés y sus compañeros para que pudieran comunicarse con los aztecas, los habitantes del hermoso valle cantado por uno de mis más adelantados discípulos, Alfonso Reyes.

Otros de mis hijos se habían ido con Pánfilo de Narváez para explorar el norte de la costa del enorme golfo. Un huracán (esa palabra la aprendí en las islas que Colón llamó Antillas) destruyó sus

navíos y de todos los tripulantes solamente se salvaron cuatro, entre ellos Cabeza de Vaca, a quien le pedí escribir una relación del viaje que hizo, a pie acompañado de los otros tres sobrevivientes, desde ese golfo hasta una zona muy árida. Fue la primera vez que los nativos me oyeron en todas esas regiones. Como ustedes saben, hoy esas tierras, que los chicanos llaman Aztlán, pertenecen al grupo de colonias que muchos años después de que yo llegara se unieron y, por falta de imaginación para escoger un buen nombre, se llamaron “Estados Unidos”. Aunque los nuevos inquilinos han tratado de desalojarme, no lo han podido hacer. Desafortunadamente no predominé en este país; tengo que compartir esta extensa región con un señor a quien llaman Mister English, de quien ya tenía noticias en España.

Cuando llegaron las nuevas—muy exageradas— de Cabeza de Vaca acerca de las riquezas de estas tierras, a los habitantes de Anáhuac (para entonces ya se llamaba México la capital y Nueva España el país) se les despertó el deseo de enriquecerse y se unieron a las varias expediciones organizadas por los virreyes, habiendo sido la primera la de Fray Marcos de Niza, a quien en 1539 acompañé a una región tan parecida a Anáhuac que le dieron el nombre de “Nuevo México”. Me acuerdo que a Niza lo guió Estebanico, el moreno compañero de Cabeza de Vaca. Fue el primer afroamericano de los muchos que más tarde llegaron a estas tierras, y el primero que pisó estos Estados Unidos hablando español. Pobre, por aquellos rumbos feneció su vida. Otro hijo mío, Pedro Menéndez de Avilés, fundó San Agustín en la Florida en 1565 y desde entonces se me oye en ese pueblo. Después vine al Suroeste con Coronado, y en 1598 con Juan de Oñate. Fue entonces cuando conocí a Gaspar Pérez de Villagrà, a quien inspiré para que escribiera la *Historia de la Nueva* (así se decía entonces) *México*, poema épico en diez cantos que publicó en España en el pueblo donde nació mi mejor discípulo, el gran Cervantes. Yo fui quien le aconsejó a Gaspar que escribiera su obra en verso y que usara octavas reales, mi estrofa favorita en aquella época. Mucho más tarde, esto es, en 1769, vine a California con Portolá, y en 1776 con Juan Bautista de Anza, esta vez acompañado de familias, las primeras que llegaron a esta hermosa región.

II

Quiero contarles las principales aventuras y desventuras que me han ocurrido desde que pasé a ser habitante de este suelo. Transcurrieron los años, y yo muy contento gozando de la vida pastoril, del clima y de la naturaleza y riquezas de estas vastas regiones. Pero poco a poco, en el sureste, sufrí el primer descalabro en 1800, cuando mi patria cedió a Francia la Luisiana, que Napoleón había de vender a los Estados Unidos en 1803. El segundo fue la pérdida de la Florida en 1819, y la tercera la de Texas, regiones en las cuales comenzaron a dominar los súbditos de don Inglés. No esperaba que esos extranjeros continuaran hostigándome, pero ese fue mi destino. En 1836 los texanos se declararon independientes de México, y en 1848 dejé de imperar en las regiones llamadas Nuevo México, Arizona, California, el sur de Colorado y Utah. Fueron golpes terribles, pero no mortales. Sobreviví a pesar de los contratiempos. Mis fieles adeptos me defendieron, continuando la labor cultural iniciada durante el siglo dieciocho por distinguidos escritores como Fray Junípero Serra, Gerónimo Boscana, Francisco Palou, Agustín Morfi, Miguel Constansó y tantos otros, que se valían de los numerosos periódicos en español para mantener viva la lengua, como lo hizo el P. José Antonio Martínez en Nuevo México en *El Crepúsculo de la Libertad* y otros periódicos que dirigió. Hacia fines del siglo diecinueve los latinos (así los llaman para recordar a mi padre) en los Estados Unidos fueron estimulados a mantener su lengua por escritores exiliados como uno de mis más queridos hijos, José Martí, quien con su poesía y sus ensayos puso en alto la bandera del idioma español. Y lo mismo hicieron otros, y lo siguen haciendo. Quiero recordarles los nombres de algunos hijos míos que han escrito en español en los Estados Unidos, como los cubanos Félix Varela y José María Heredia, el mexicano Fray Servando Teresa de Mier, el peruano Manuel Lorenzo Vidaurre, el ecuatoriano Vivente Rocafuerte, el argentino Domino Faustino Sarmiento, y más tarde el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el puertorriqueño José Balseiro, la chilena Gabriela Mistral, la puertorriqueña Julia de Burgos, el español Federico de Onís, el español/cubano Eugenio Florit, la puertorriqueña Concha Meléndez, el mexicano Andrés Iduarte, el argentino Enrique Anderson Imbert, el chileno Fernando Alegría, entre otros/as más.

Pero la lucha después de 1848, sobre todo en las escuelas, fue desigual. Algunos, como Francisco Ramírez en Los Ángeles, hasta propusieron que se llegara a un acuerdo con el orgulloso señor Inglés, para que ambas lenguas fueran aprendidas en las escuelas. Ese sistema perduró en algunas regiones casi hasta el presente. Se le dio el nombre de “educación bilingüe”. En los últimos años, sin embargo, la oposición me ha dado golpe pasando leyes que prohíben ese sistema de enseñanza. Y hasta han llegado a decir “Adiós al español”. Pero se equivocan. Sobreviviré mientras me sigan llegando más y más refuerzos de los países hispanos, que por cientos de miles me traen en andas.

III

Muchos me preguntan que cuál será mi destino en el siglo veintiuno. Yo, que soy muy optimista, les contesto que será muy halagüeño. No creo, por supuesto, que pueda competir con los progresos que ha hecho el señor Francés en el Canadá, pero sí me parece que tendré más hijos, más adeptos. Ya hoy en las universidades y las escuelas los estudiantes que me prefieren son más que todos los que optan estudiar otras lenguas. Según las estadísticas que publicó un señor muy respetable sólo conocido por sus iniciales M.L.A., en 1998 el número de alumnos que me estudiaba fue 656,500, o sea el 56% de todos los estudiantes de otras lenguas que no son las de mi rival, Mister English. Y a pesar de ello, dicen que no voy a sobrevivir en este país. ¡Vaya usted a creerlo! Pero se equivocan. En el mundo, después de la señora China, los señores Inglés e Indi, yo soy quien más hijos tiene –300 millones– además de los 30 a 35 millones que viven en los Estados Unidos. Y hay quien dice que ya mis hijos son casi 500 millones. Tal vez los censos de fin de siglo revelen que es cierto. Mientras tanto me conformo con los 300 millones, que no es bicoca.

¿Por qué me prefieren tantas personas? Durante el siglo diecinueve y parte del veinte se decía por esos lares que yo solamente era útil para los negocios mercantiles, y también para el amor, que carecía de cultura, como mi hermano el señor Francés o la señora Alemana. Pero a otros hermanos latinos, llamados Italiano y Portugués, tampoco les hacían caso, a pesar de su rica cultura. Pasaron muchos años antes de que lograra convencer a los dómicos de este territorio al cual di

nombre, del valor cultural de mi pueblo, de su rica literatura. Pasaron muchos años también antes de que decidieran traducirme al Inglés, temerosos de que compitiera con sus literatos. Pero los tiempos han cambiado. Ahora se traduce a los principales autores o se publican sus obras en español. Además, han logrado infiltrarse en las aulas, donde ya se lee a mis queridos discípulos. Ya no es posible estudiar el cuento sin incluir a Jorge Luis Borges; la novela sin hablar de Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes; la poesía sin incluir a Sor Juana Inés de la Cruz y a Pablo Neruda; el ensayo sin mencionar a Octavio Paz. Pero tampoco es posible estudiar la literatura de este país sin incluir a autores como Rudolfo Anaya, Rolando Hinojosa, Ana Castillo, Sandra Cisneros, Isabel Allende, Oscar Hijuelos y tantos otros a quienes ya se les comienzan a abrir las ventanas de la literatura en este país, tanto en inglés como en español.

¿A qué se debe ese interés en los escritores latinos en Norteamérica? Sin duda a que el número de latinos ha aumentado considerablemente durante las últimas dos décadas. Si bien la estadística no es mi fuerte, me atrevo a incursionar en su predio, pues es necesario que mis hijos estén al tanto del poder que los números les confieren. El 29 de marzo de 1999 el *Midwest Consortium for Latino Research* envió el siguiente correo electrónico, que traduzco de la lengua de mis primos: “Los latinos constituyen la segunda minoría en los Estados Unidos [...] Entre 1980 y 1990 la población latina aumentó el 53 por ciento, o sea más de cinco veces el incremento de la población total del país, que fue el nueve y medio por ciento. La mitad del aumento entre los latinos se debe al crecimiento natural de la población, y la otra mitad a la llegada de nuevos inmigrantes”.

¿Y qué esperamos que ocurra en el siglo que se iniciará el primero de enero del año 2001? Pues se calcula que en unos cuantos años los latinos serán la primera minoría, y que para el año 2050 representarán el veinticinco por ciento de la población total, según cálculo del Concilio Nacional de la Raza. En otras palabras, de cada cuatro norteamericanos uno será latino. ¿Qué les parece? No sé si todos ellos me serán fieles. Pero no dudo que mi importancia en la cultura norteamericana irá en aumento, dada la creciente calidad de las contribuciones de los latinos (españoles, mexicanos, chicanos, centroamericanos, caribeños, sudamericanos) no solamente a la literatura, sino a las artes, el cine, la música, el teatro, la cultura popular y en general a todos los aspectos de la vida diaria. Y precisamente, leo

en el gran diario de Los Ángeles (yo también sé hablar inglés y hasta he aprendido el dialecto de uno de mis más jóvenes hijos, a quien le puse el nombre Spanglish) que ha surgido un nuevo grupo de escritores hispanoamericanos llamado McOndo en honor de otro de mis hijos predilectos, cuyo nombre no menciono por ser tan conocido. El nombre en sí, y el origen de su impulsor, Alberto Fuget, joven de origen chileno que pasó su juventud en un pueblo que lleva el nombre Encino, en California, es simbólico de la unión entre los habitantes de España e Hispanoamérica y los latinos de Norteamérica. Jóvenes como estos son quienes en el futuro me darán un nuevo esplendor.

He dicho. El Idioma Español en los Estados Unidos (Firma)



Mural de Carlos Cuellar en el Centro Comunitario de Isla Vista, cerca de la Universidad de California, Santa Bárbara. En la parte superior izquierda, las figuras estilizadas de Luis Leal y Víctor Fuentes quienes, junto con otros, fueron creadores y artífices de la fundacional revista Ventana Abierta

El perrito inglés¹

Hace ocho días llegamos a Querétaro. Las fuerzas de Juárez, bajo el mando de Escobedo, me informan los espías, nos tienen sitiados. Para pasar el tiempo recorro las filas de mis fieles soldados y les doy ánimo. Dicen que busco la muerte heroica. Si una bala enemiga encontrara mi pecho cobraría fama de héroe. Pero prefiero el triunfo y volver a los brazos de mi amada Carlota.

Ayer mis oficiales me regalaron un perrito inglés. Eso me ha distraído y alegrado. Efímeramente. Cuando el perro me mira, dejo de pensar en la muerte. Dicen los oficiales que ese perro es un desertor. Que pertenecía a un oficial compatriota mío hecho prisionero en San Jacinto. Cuando su amo cayó ante el pelotón, el perrito se vino con nosotros a Querétaro.

Dicen que soy desertor. Bueno, eso dicen. ¿Qué culpa tengo yo que mi jefe se haya dejado fusilar? ¡Yo, de abolengo inglés, desertor! No me quedaba otra salida. Por eso me vine a Querétaro. Y quién se hubiera imaginado que iba a caer en manos de ese oficial, ese odioso capitán que huele a violetas moradas. Y lo que es más denigrante, me traspasa, me regala, para quedar bien con el taciturno personaje de barba dorada, a quien he llegado a querer, a pesar de que es austríaco. Yo, de abolengo inglés, hubiera preferido al capitán escocés, el que le hace el amor a la china de arrebol. Pero no puedo quejarme. El príncipe azul me trata bien, me alimenta con regularidad, me saca a dar mis vueltas por los alrededores, por las calles en declive, por la polvorosa

¹ N. E. Nos recuerda Víctor Fuentes que durante sus últimas semanas, don Luis evocaba con cariño a este “perrito inglés” suyo.

plaza de árboles raquíticos. Por eso le soy fiel. Y además, porque le tengo compasión, porque presiento la tragedia. Mejor dicho, cuando a él me acerco me invade un olor a muerte.

Es un perro amistoso. Su presencia me da ánimo. Y también a los oficiales y hasta a los soldados. Su apego a mi persona es asombroso. En cambio, con López no simpatiza. Cuando el apuesto capitán se le acerca el perrito le gruñe y le tira mordiscos. ¿Por qué será? López es un joven amistoso. Me acuerdo que en Chapultepec era el niño mimado de Carlota. Y verdaderamente que le tenemos simpatía, por su carácter afable, su cortesía, su apuesta presencia.

¿Cómo es posible que los hombres, que dicen que tienen inteligencia y nos llaman seres irracionales, se dejen engañar tan fácilmente? Es algo que no comprendo, y menos ahora que veo cómo tratan los emperadores a ese capitancito.

Me agrada que el carcelero permitiera que el perrito inglés se quedara en esta celda. Me siguió hasta aquí y su lealtad me obligó a pedir que lo dejaran cerca de mi persona. ¿Será cierto lo que me dicen, que López me traicionó? ¿Cómo es posible que yo no haya podido ver lo que este perro comprendió de inmediato? ¿Cómo pudo él distinguir al traidor y yo no?

Vaya, tengo gusto ver que ya por fin se da cuenta de que hay hombres, pero no perros, a los que no se les puede tener confianza. ¿Se ha quejado alguna vez un hombre de la traición de un perro?

A mi derecha han colocado a Miramón y a mi izquierda a Mejía. El centro, el sitio de honor, me lo han reservado. El fiel perrito inglés me acompaña hasta la muerte. Sí, sobre todo ante la muerte hay que mantener las distinciones. El perrito sigue a mi lado a pesar de que los soldados han tratado de alejarlo. Que lástima que ya no tenga tiempo para escribir a mi querido archiduque Karl Ludwig, para contarle esta inaudita historia.

Cinco balas de plomo me atraviesan el pecho y caigo casi inconsciente. Puedo ver todavía, como en borrador, al perrito inglés que me defiende y no deja que se acerquen a darme el tiro de gracia. ¿Pero

qué importa ya? ¿Y López? ¿Dónde está López? Sí, ya sé. Está sin duda recogiendo los treinta dineros.

Pobre Max. Solo quedan de tu ciega aventura que llevan de la mano la muerte y la locura una canción burlesca y las cinco balas que motearon de humo la mañana estival.



© Gerardo Piña-Rosales

El suéter rojo

La cita con el oculista era por la tarde, a las 3:30. El tratamiento consistía en la inyección de suero en el brazo y rayos láser en el ojo. Volví a casa y me acosté para descansar. Me quedé profundamente dormido.

Andaba en la Feria del libro, donde me encontré con una distinguida amiga, quien me dijo que deseaba consultarme acerca de la traducción que estaba haciendo de un libro de viaje. Le dije que estaba a su disposición, que fuera a verme cuando tuviera tiempo.

Sonó el timbre. Era ella. Llevaba un suéter rojo sobre los hombros. Pasamos a la sala.

Nos sentamos.

Se trata –me dijo– de la traducción de un libro en el que un arquitecto mexicano relata un viaje a México. El libro se publicó en inglés a fines del siglo diecinueve y la traducción al español se publicará en México, donde es desconocido.

Me leyó algunos párrafos de lo que ya había traducido, que me parecieron bien. Le sugerí pequeños cambios. También me leyó una interesante anécdota acerca de un fraile cocinero llamado Gregario que una tarde fue al pueblo a comprar los comestibles necesarios para la cena y al regresar se acostó a la sombra de un árbol para descansar, pues la canasta estaba muy pesada.

Era ya de madrugada cuando despertó y los comestibles habían desaparecido. Se fue corriendo al convento y tocó al portón. Al rato se abrió el postigo y un fraile le preguntó:

—¿Quién es usted, hermano, y qué desea?

—¿Cómo que quién soy y qué desea! Soy fray Gregario, el cocinero.

—Y yo soy el rey de España. Váyase a mendigar por otra parte. A otro perro con ese hueso.

Se cerró el postigo y el fraile continuó tocando, pero sin resultado alguno. Desesperado se fue a recorrer el pueblo, ahora desconocido para él.

En el convento el prior, enterado de lo ocurrido, buscó en los polvorientos archivos y descubrió que hacía muchos años que había existido un cocinero con el mismo nombre que había dado el fraile ese día.

—¿Conocía usted ese cuento, maestro?

—No, pero hay uno muy parecido de Washington Irving y otro de Manuel Gutiérrez Nájera, ambos llamados “Rip Rip.”

El timbre del teléfono me despertó. Era ella. Quería saber si había dejado en mi casa su suéter rojo que no encontraba.

Su pregunta me sorprendió. No recordaba su visita. Sin embargo, le dije que lo buscaría, que esperara, que no me tardaría. Sabía que no lo iba a encontrar.

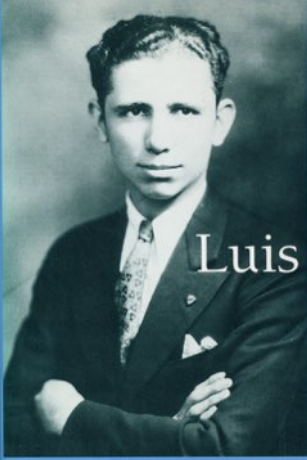
¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrar en el sofá de la sala un suéter rojo! Se lo comuniqué y dijo que pasaría por él.

No ha vuelto. Conservo la prenda como prueba de que los sueños (no siempre) sueños son.



© Gerardo Piña-Rosales

Mario T. García



Luis Leal

An Auto/Biography

A
LUIS LEAL
READER



*Edited and with an introduction by
Ilan Stavans*